

Una fe que se siente en el cuerpo.

Diversidad sexo-afectiva y pastoral desde la encarnación

Pbro. Hugo Alvarez

Hay una escena que atraviesa todo el Evangelio: Jesucristo no permanece a distancia. Se acerca. Mira. Escucha. Toca. Come. Se deja afectar. Su modo de estar en el mundo no es abstracto ni lejano, sino profundamente corporal.

La encarnación no es una idea teológica más. Es una toma de posición: Dios no salva desde afuera, sino desde adentro de la experiencia humana. En un cuerpo. En vínculos concretos. En la historia.

Sin embargo, muchas veces la vivencia de la fe ha ido por otro camino. Se ha privilegiado lo espiritual entendido como lo opuesto a lo corporal. El cuerpo quedó asociado a sospecha, control o silencio. Y en ese movimiento, muchas experiencias humanas —especialmente las vinculadas a la diversidad sexo-afectiva— fueron leídas desde la distancia, cuando no directamente desde el rechazo.

Para muchas personas LGBTIQ+, esto no es una discusión teórica. Es una experiencia concreta: no ser miradas con dignidad, no ser escuchadas en su verdad, no sentirse parte. Como si hubiera algo en sus cuerpos o en sus modos de amar que las dejara fuera del espacio de lo sagrado.

Pero si volvemos al corazón del Evangelio, la pregunta cambia. ¿Qué hace Jesús frente a los cuerpos heridos, marginados o señalados? Se acerca tal como están, y desde ahí genera transformación. No los evita. No les exige transformarse para ser dignos del encuentro.

Esto tiene consecuencias profundas para una pastoral de la diversidad. No se trata simplemente de “incluir” a quienes estaban fuera, como si la norma no necesitara revisarse. Se trata de reconocer que en esas experiencias también hay presencia de Dios. Que no son un problema a resolver, sino un lugar donde la gracia ya está actuando.

Hablar de una fe encarnada es afirmar, entonces, que el cuerpo no es obstáculo sino camino. Que la identidad, la afectividad y los vínculos no quedan fuera de la vida espiritual. Y que toda pastoral que quiera ser fiel al Evangelio necesita aprender a habitar ese terreno con respeto, escucha y humildad.

En esta serie de artículos propongo recorrer los cinco sentidos como puertas de acceso a esa experiencia: ver, escuchar, tocar, oler y gustar. No como metáforas vacías, sino como modos concretos en los que se juega la inclusión o la exclusión, el reconocimiento o el rechazo, la vida o la herida.

Porque la fe no ocurre en el aire. Ocurre en cuerpos reales, en historias concretas, en comunidades que pueden sanar o lastimar.

Y tal vez la pregunta de fondo no sea solo qué creemos, sino, cómo lo sentimos, cómo lo encarnamos y a quiénes dejamos tocar esa experiencia.